



**Homilía en la festividad de San Juan de Ávila,
patrono del clero secular español
Monasterio de Santo Domingo (Soria) – 10 de mayo de 2018**

Queridos hermanos y hermanas:

“¡Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos!” (Sal 132, 1)

Felicito, de un modo especial, a mi hermano en el Episcopado, D. Vicente Jiménez Zamora, Arzobispo de Zaragoza, que fue no sólo miembro de nuestro presbiterio sino también Obispo de la querida Diócesis oxomense-soriana y que hoy ha querido celebrar sus Bodas de oro sacerdotales con todos nosotros. Por supuesto, a los presbíteros de Bodas de diamante, de oro y a los que cumplís 25 años de ministerio: ¡muchas felicidades! Saludo a todos los miembros de nuestro presbiterio; a las Hermanas Clarisas de Santo Domingo de Soria, que nos acogen dentro del Año Jubilar concedido a propósito del 75 aniversario de la Exposición permanente de Jesús Eucaristía; a los familiares de los sacerdotes y a todas las personas aquí presentes.

Cuando escribía el saludo inicial daba gracias a Dios en este día de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español y Doctor de la Iglesia, por el número de sacerdotes y religiosos que hoy celebráis 25, 50 y 60 años de ministerio. Y daba gracias no en pasado sino en presente, es decir, doy gracias convencido de que Dios sigue llamando en nuestras parroquias, en nuestras comunidades eclesiales, en nuestras familias, a jóvenes para que, configurados con Cristo, Cabeza y Pastor, puedan participar así en la misma misión de Cristo, Maestro, Sacerdote y Rey, siendo maestros de la Palabra, ministros de los Sacramentos y servidores de la comunidad.

Durante los meses pasados de octubre a marzo he recorrido bastantes parroquias de la Diócesis con el fin de conocer la realidad social y eclesial. Y puedo decir, con verdad, que los sacerdotes vivís con alegría vuestro ministerio. Y esto no es baladí porque la alegría es reflejo de santidad. El Papa Francisco, en su última Exhortación apostólica *“Gaudete et Exultate”*, nos dice que *“todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús”* (n. 14)

¿No es llamativo que, al concretar el modo de vivir la santidad de los consagrados, el Papa escriba *“sé santo viviendo con alegría y entrega”*? No es fácil nuestra tarea de ser

sal de la tierra y luz del mundo. A veces, por nosotros mismos, por nuestras miserias, por nuestros pecados, por nuestra falta de entrega, nos volvemos sosos y no damos sabor a la tierra. Otras veces, porque los aires que corren fuera de nuestros templos y sacristías soplan fuertes y fríos, nos metemos debajo del celemín para sentirnos protegidos y no somos luz del mundo. Pero no nos pongamos tristes porque, a pesar de las dificultades personales y sociales, tenemos motivos para la alegría y la esperanza. La alegría y la esperanza a las que me refiero no se basan ni en el número ni en nuestras obras sino en Aquél en quien hemos puesto nuestra confianza y para quien nada es imposible (cfr. Lc 1, 37) Sólo Jesucristo, vencedor de la muerte y del mal, es la esperanza que no defrauda y que nos permitirá, como comunidad diocesana, seguir anunciando el Evangelio a nuestros hermanos. Con el salmista exclamamos: *“El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas [...] Aunque camine por cañadas oscuras nada temo porque Tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan”* (Sal 22, 1-4)

Hoy venimos a celebrar que la vida del presbítero es una vida llamada a la santidad, es decir, a la felicidad. Santidad que encontramos en nuestro ministerio sacerdotal cuando es vivido como *amoris officium* pues *“los presbíteros, realizando la misión del Buen Pastor, encontrarán en el ejercicio mismo de la caridad pastoral el vínculo de la perfección sacerdotal, que una su vida con su acción”* (PO 14). La caridad pastoral consiste en una unión con Jesucristo que se realiza particularmente en la Eucaristía, centro y raíz de la vida del presbítero, fuente de donde fluye dicha caridad. El segundo rasgo de esta caridad es el don de sí mismo (sin tacañerías ni recovecos) que el sacerdote hace al rebaño confiado, como Cristo, Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. El Papa Francisco nos recuerda que *“el consumismo hedonista puede jugar una mala pasada porque, en la obsesión por pasarla bien, terminamos excesivamente concentrados en nosotros mismos, en nuestros derechos y en esa desesperación por tener tiempo libre para disfrutar”* (n. 108) Esta entrega pastoral de uno mismo, por muy grande que sea, no va por libre: será siempre en comunión con el Obispo y el presbiterio pues la caridad pastoral del presbítero se integra en la caridad pastoral del Obispo (cfe. LG 41)

Por eso hoy celebramos las Bodas de plata, de oro y de diamante de estos hermanos. Os felicitamos por tantos años de abnegada dedicación. Son momentos de acción de gracias por la misericordia y fidelidad que Dios ha tenido en vuestras vidas entretejidas de luces y sombras, alegrías y penas, aciertos y debilidades... Pero siempre de la mano del Señor Jesús presente en la Eucaristía, que se queda entre nosotros para ser nuestro alimento y medicina. San Juan de Ávila llama a la Eucaristía *“Sacramento de amor y unión, porque por amor es dado, amor representa y amor obra en nuestras entrañas... todo este negocio es amor”* (San Juan de Ávila, *Sermón 51*, 759). Y el Papa Francisco afirma que para llegar a la santidad *“tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero”* (n. 162)

Finalmente, tenemos un recuerdo en esta Eucaristía, signo y fuente de comunión, para los sacerdotes de nuestro presbiterio que han fallecido desde la última fiesta de San Juan de Ávila: Juan Carlos Atienza, José Arranz, Floriano Lallana y Alejandro Mata. Oremos para que participen ya de las Bodas del Cordero. Un recuerdo entrañable también para nuestros sacerdotes diocesanos misioneros: que el Señor les dé fuerzas para ser fieles en

la misión y los mantenga en su amor.

Que la vida y el ejemplo de San Juan de Ávila, modelo de entrega y de caridad pastoral, nos empujen a imitar a Cristo, Pastor y Dueño de las ovejas, configurándonos cada día más con Él y como Él demos la vida por las comunidades eclesiales que nos han sido confiadas. Amén.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria